

LA CRITICA Y SU PROBLEMÁTICA

por ALONE

Cierto número de escritores chilenos, entre los cuales hay algunos de indudable talento, han tomado la costumbre de reunirse, a veces en ciudades lejanas, para hablar mal de los críticos.

Hasta ahora lo habían hecho en privado o aisladamente; pero la actualidad es comunitaria y no debe olvidarse que, además, existe una circunstancia nueva. En otros tiempos la publicación de una obra importaba rudos sacrificios al autor. Tenía que costearla él y, por lo general, perdía su dinero. El vuelo que han tomado las casas editoriales deja hoy día utilidades pecuniarias no siempre despreciables, lo que cambia mucho la situación y también lógicamente las actitudes, los procedimientos. A la pasión literaria se agrega el negocio.

El crítico que emite una opinión en público, sea quien sea, influye sobre los lectores, modera o estimula el interés de los librereros y pesa sobre la balanza de pagos, aumentando o disminuyendo las entradas, regulando hasta cierto punto los derechos de los autores.

No ocurre siempre; pero conviene considerar ese factor.

Los otros, que han actuado desde que hay críticos y escritores, se ven asimismo reforzados por la publicidad cada día más vasta y la difusión de las bellas letras, incluso en la masa.

Basta consultar las estadísticas. En Chile se lee mucho, se compran en proporción más libros que en cualquier país latinoamericano.

Ahora bien, por grande que se suponga la idea de sí mismo que aliente en su fuero íntimo el novelista o el poeta, el sufragio público,

la aprobación de los desconocidos anónimos, la nombradía, la fama, la gloria, constituyen para él una alimentación indispensable.

Se la ha comparado al agua (según Montherlant) para el sediento, al aire que respira, al oxígeno que le permite respirar y también al hidrógeno que, acrecentando el volumen, los dilata haciéndolos subir por los espacios.

Todo escritor aspira con vehemencia a eso. La perspectiva de ver su silueta sobre el horizonte, objeto de las miradas, tema de los comentarios, le parece el preludio de la vida inmortal. En el mismo sentimiento se mezclan un egoísmo vecino a la egolatría y juntamente la fraternidad universal, el amor a todas las creaturas en cuyo seno se hallaría grabada con caracteres imperecederos, la imagen de su yo.

Debemos ponernos en su caso y comprenderlo. Sobre todo, debemos comprender su ira al pensar que, entre él y ese paraíso, se interponen los críticos.

Ellos le miden el agua, le suministran el oxígeno, le administran el hidrógeno.

Son los eternos intrusos, los intermediarios estrechos, llenos de caprichos, individuos con frecuencia fracasados, desprovistos de fantasía creadora, ignorantes y frívolos, en los cuales no arde la chispa divina ni el calor humano, incapaces y entrometidos, que no se sabe cómo detentan un fragmento de soberanía y que no solamente los discuten y atacan, sino, el colmo, los ignoran a veces, los relegan, a veces, al silencio, sumergidos en las tinieblas exteriores.

¿Con qué derecho? Por mi parte les hallo razón.

Nunca he sentido el absurdo y la injusticia de semejante estado como un día que, sujeto a tratamiento médico, bajo las manos de un masajista, detuvo éste sus maniobras para preguntarme con aire de curiosidad qué era lo que yo escribía para los diarios. Parece que había oído vagamente algo de mí. Procurando ponerme a su altura, le contesté que los escritores me enviaban sus libros para que los leyera y que yo decía, después, si me habían gustado o no me habían gustado.

Recuerdo su cara de estupefacción.

¿Y le pagan por eso?

Hube de responderle que sí. Haciendo un gesto de total incredulidad, volvió a sus masajes, sin agregar palabra.

Detalle curioso: años más tarde me mandó los originales de una novela.

La manera más eficaz de ponerle término a esta situación sería suprimir a los críticos. Pero los autores no lo aceptan.

Según ellos, el crítico desempeña una función social indispensable a condición de que sea "un verdadero crítico", un crítico objetivo, imparcial, ilustrado, incorruptible, que no obedezca a sus preferencias y gustos personales y reúna, además, otras virtudes.

Surge la dificultad de averiguar quiénes son los "verdaderos críticos" y quiénes los falsos.

Muy sencillo: un decreto, un reglamento, si se quiere más, una Corporación de Reforma Literaria que ponga las cosas en orden y les enseñe a los críticos sus deberes para que produzcan lo que el país necesita.

Cuestión de planificación, de técnica.

Años y años atrás, en Francia, un gran novelista, Maupassant, nada menos, esbozó algo parecido en el prólogo de su más famosa novela. Ahí están, formulados, en su prosa terminante los artículos del Código de la Crítica.

Examinándolos con su clásica sonrisa, Anatole France analizaba ese código imperioso. Y compadecía a los pobres críticos. En último término, su suerte era convertirse en esclavos. A un lado como cosas inútiles, la experiencia, la sensibilidad, el tacto, cuanto constituye en todo orden el valor y la fuerza de la personalidad humana. Su papel, se debía limitar al de espejos obedientes que reflejaran con exactitud la intención, las ideas, los prejuicios del autor, sin deformación alguna. Sólo así tenían derecho a la existencia y podrían aspirar al nombre de "verdadero crítico".

Llevando el problema al terreno movedizo de la realidad, concluía con un desolador escepticismo que hallaba preferible no intervenir tanto y dejar que la lucha por la vida y la selección natural arreglaran el asunto. Que juzgara el público, que opinaran los lectores.

Pero es que el crítico, replican los autores, lo primero que hace es apoderarse de los lectores y dirigirse al público. Y es, justamente, lo que se quiere impedir. ¿Entonces?

Volvemos a la autoridad. Reconozcamos sus fueros. No es una novedad absoluta el magisterio de algunos sobre la mayoría. Ahí está el Premio Nacional de Literatura y sus tangibles beneficios. ¿Quién podría discutir sus fallos? Astros que se iban consumiendo y apagando han sido colocados nuevamente en órbita, gracias a su sabiduría.

Apliquemos el sistema a la crítica.

Desde luego, nadie debería ejercerla sin tener "carnet". En estos tiempos, el "carnet" es una pieza esencial del conglomerado humano. No existe diálogo posible sin un "carnet" debidamente inscrito y que ha pagado sus estampillas, las cuales, entre otras ventajas, presentan la inapreciable de que con su producto puede incrementar los fondos para el financiamiento de cualquier cosa.

Los escritores nacionales deberían analizar esa problemática.

Sólo la existencia y la existencia del "carnet" garantizan la seguridad de que algún día aparezca, por fin, el "verdadero crítico", infalible e inapelable, definidor del bien y del mal, inteligente, culto, ecuánime y, lo que nunca está de más, dotado de cierta capacidad de escribir.

Pero no de escribir para burlarse de ellos, como algunos, sino tomándolos en su dimensión profunda de Mesías, iluminado con la vista penetrante en el porvenir.

En el fondo, la problemática se reduce a construir un mecanismo provisto de ruedas y engranajes para que los dientes del crítico entren ahí, sin molestias para nadie, y comiencen a funcionar, como se debe, con provecho de todos, administrativamente. Es lo que podría denominarse la integración de la crítica en la sociedad contemporánea.

DIAZ ARRIETA, HERNAN (ALONE).

Crítico chileno. Miembro de la Academia Chilena de la Lengua. Premio Nacional de Literatura (1959).

Su primer libro data de 1910: "PROSA Y VERSO", en colaboración con Jorge Hübner. Siguen más tarde: "DIARIO DE UN ESCRITOR", serie publicada en la revista "SUCEOS", bajo el pseudónimo de Alone; "LA SOMBRA INQUIETA" (1916); "ENSAYO SOBRE MARCEL PROUST" (1933); "DON ALBERTO BLEST GANA" (1941); "LAS CIEN MEJORES POESIAS CHILENAS" (1949); "LA TENTACION DE MORIR" (1953); "HISTORIA PERSONAL DE LA LITERATURA CHILENA" (1954); "APRENDER A ESCRIBIR" (1955). Es, además, autor de "PORTALES INTIMO"; "EL LINCOLN DE LUDWIG"; "PANORAMA DE LA LITERATURA CHILENA DEL SIGLO XX"; "MEMORIALISTAS CHILENOS"; "HISTORIA DE LA BIOGRAFIA". En 1963 publica "LOS CUATRO GRANDES DE LA LITERATURA CHILENA", etc.